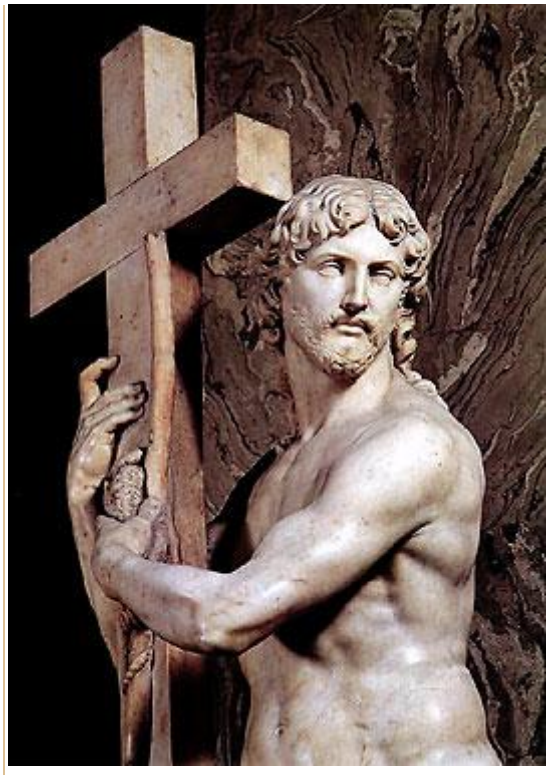

Felipe Santos, SDB

“Todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo” (Mc 3,10)

Jesús, por donde pasa, suscita esperanza de curación. Sana las dolencias, libera de las esclavitudes. Se deja tocar y afectar por los que sufren. No tengas miedo de los enfermos, no te alejes de ellos. Rompe el cerco que te separa de ellos. Dales la mano, ofréceles tu sonrisa, pasa tiempo con ellos.

Con todos los que se acercan a ti, te doy gracias. En la gratuidad de tu Corazón, Jesús, todos nos sentimos sanados.

Jesús es seguido por la multitud. Una gran masa amorfa, lo persigue y quiere estar allí donde él está. La masa, va detrás de Jesús, no por un proceso de conversión profunda, ni por la propuesta del Reino de Dios, mucho menos tienen deseos de comenzar una desestructuración del egoísmo que carcome sus vidas y destruye a su sociedad. Todos ellos van buscando circo y pan. El Evangelio, desde la primera hora cristiana, advierte de cómo las masas pueden generar falsas confesiones sobre Jesús y enredar al cristianismo en falsas esferas que no son las suyas. El Cristianismo, embriagado muchas veces, en lo cuantitativo de las masas, descuidó lo cualitativo de las pequeñas comunidades, presentando en muchas ocasiones un Jesús diferente a como se entendió él mismo y, a como nos los testifican los relatos evangélicos. Jesús, no es un Dios encumbrado. No es el Señor del Poder. Su acción consiste en sentir el dolor y la miseria de la humanidad, para llevar a los hombres y mujeres a su plenificación. Revisemos lo que entendemos de Jesús y la manera como lo confesamos al mundo entero. Quizás nuestra actitud, sea igual a la de los endemoniados del Evangelio de Marcos.